

EL LIBRO QUE PERDIÓ LAS VOCALES

Seudónimo: FLORIPONDIO

Érase una vez un libro, llamado “SERGIO QUIERE IR AL COLEGIO”. Era pequeño, bonito y regordete. Vivía con otros libros en la estantería de madera que había en una de las clases del colegio. Todos los niños y las niñas habían mirado, muchas veces, su bonita portada, llena de gran colorido, sus dibujos interiores en blanco y negro y, más de una vez, lo habían llevado a sus casas para leerlo.

Una noche, cuando el libro dormía muy pegado a la madera de la estantería, las letras vocales se fueron despegando y salieron fuera del libro. Estaban cansadas de estar tanto tiempo pegadas a las páginas y habían decidido salir a conocer otros lugares.

Saltando de la estantería, hasta llegar al suelo, recorriendo, de un lado a otro, toda la clase. La A, que era muy observadora, se quedó un rato mirando el mural de la primavera hecho por los niños y las niñas. La U, sentada en el sillón, miraba de una parte a otra, presumiendo de ser la profesora. La E, con una tiza de colores, se divertía haciendo dibujos en la pizarra. La O, subida a las ventanas, miraba el patio donde los niños y las niñas jugaban, cuando era la hora de recreo, y la I, que era la más juguetona, se entretenía colgándose y saltando entre las perchas. Al final, viendo que era tarde y que ya se habían entretenido dentro de la clase, decidieron salir fuera.

Durante un rato muy largo caminaron por las calles, mirando los coches que pasaban, las farolas que iluminaban y los bonitos escaparates que había a su paso; y, de vez en cuando, sentadas en los bancos, comentaban entre ellas lo bien que lo estaban pasando y lo felices que eran viendo cosas nuevas.

Así se las fue pasando el tiempo, hasta que, viendo que iba amaneciendo, corrieron a esconderse debajo de las piedras de un parque que había cerca del colegio. No querían que, con la luz del día, pudieran ser vistas andando por la calle.

Ese día, en la biblioteca de la clase, el libro de “SERGIO QUIERE IR AL COLEGIO” se despertó muy pronto. Iba a ser la hora de la entrada de los niños y las niñas, y él, como siempre, quería estar preparado.

Cuando llegó la hora de biblioteca, varios niños se acercaron. Carlos fue el primero en saludarle cogiéndole entre sus manos. Pero, cuando miró su portada, quedó muy extrañado.

¡Le faltan las vocales!, exclamó en voz baja.

Mirando a su alrededor, sin saber qué hacer, dejó el libro donde le había cogido y se marchó a su mesa extrañado de lo que había visto.

Cristina hizo lo mismo, pero no pudo estar en silencio y se lo dijo a su amiga Patricia.

- Mira, le dijo, le faltan las vocales.
- ¡Qué raro!, dijo también extrañada su amiga. Yo creo que, si existen los Magos, esta noche, el Mago de la Letras ha hecho desaparecer las vocales.
- ¿Y si no existen los Magos?
- Pues una Goma mágica ha borrado todas las vocales, insistió de nuevo Patricia. ¡Pobre libro!, dijo con cara de pena. ¡Con lo amigos que éramos! Ahora Sergio no va a poder seguir contándonos sus historias.
- ¿Por qué?, preguntó Cristina.
- Porque un libro sin vocales no se puede leer.
- ¿Y nosotras qué podríamos hacer?, volvió a preguntar Cristina.
- Nada. Dejarle otra vez en su sitio. A lo mejor el Mago de las Letras le devuelve las vocales.

Alberto, que había oído la conversación de las dos amigas, se levantó de su mesa y, cuando lo dejaron en la estantería, él lo cogió y se dio cuenta de lo que había oído. ¡Es verdad! ¡Han borrado todas las vocales!, murmuró en voz baja mientras abría el libro y miraba, una a una, todas las hojas. Extrañado de lo que estaba viendo, y sin saber dar una respuesta, dejó el libro donde estaba y se volvió a su mesa.

La hora de la biblioteca iba terminando y el libro de "SERGIO QUIERE IR AL COLEGIO" se daba cuenta de que algo estaba pasando. Los niños y las niñas, pensaba el libro, se acercan como siempre a la biblioteca, me cogen entre sus manos, miran mi portada, me hojean un poco por dentro y, de nuevo, vuelven a dejarme en mismo sitio de donde me habían cogido.

Viendo lo que estaba pasando, intentó colocarse bien en la estantería para que todos lo vieran bien puesto y se acercaran para leerlo. Sin embargo, pronto se dio cuenta de lo que le pasaba. ¡No tengo vocales!, exclamó. ¡Me han robado

las vocales! ¡Ya no valgo para nada! Unas lágrimas de tristeza le cayeron por su portada. Pero no tardó en darse cuenta de que, aunque era muy triste verse sin vocales, él solo tenía que dar una solución. “Esta noche, pensó para sus adentros, saldré en busca de mis vocales”.

Cuando la clase se cerró y los niños habían salido del colegio, el libro de “SERGIO QUIERE IR AL COLEGIO”, salió en busca de sus vocales. Caminó por la calle, mirando a una parte y a otra, cruzó el semáforo de la esquina y, sin que nadie le viera, entró en el parque que había cerca del colegio. Dentro del parque, fue mirando por todas las partes, intentando ver alguna huella de sus vocales. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos y triste por no poder encontrarlas, sentado en uno de los bancos del parque, se quedó un poco dormido. Pero, no habían pasado unos minutos, cuando el ruido de unos pasos le despertaron. Abrió los ojos y muy cerca de él vio a sus vocales, que, arrepentidas de lo que le habían hecho, y comentando entre ellas lo mal que se habían portado, volvían de nuevo al colegio, para pegarse donde siempre habían estado.

El libro, queriendo saber lo que decían, se escondió detrás del banco.

Ha sido una experiencia, pero no debemos hacerlo más, comentaba la E, mirando a sus compañeras. ¡Pobre libro!, suspiraba la O. ¡Con lo orgulloso que estaba, cuando los niños y las niñas lo cogían entre sus manos! ¡Qué día más malo habrá pasado!, decía la U, con cara de pena. Y la culpa la tenemos nosotras, volvió a comentar la E. Corramos deprisa, antes de que amanezca, para pegarnos cada una en su sitio. Mañana, cuando lo vean con todas las vocales bien puestas, va a ser el libro más feliz de la biblioteca, dijo la I, llena de alegría. Todos los niños lo podrán coger entre sus manos y admirar el bonito colorido de su portada.

En medio de este diálogo, el libro salió del banco, mientras las vocales, sorprendidas de lo que veían, quedaron paradas.

- No soy un fantasma, dijo el libro sonriendo. Soy vuestro amigo que he salido a buscaros y me alegro de encontraros y de haber oído vuestra conversación.

Las vocales, arrepentidas de lo que había hecho, se echaron en brazos de su amigo el libro, prometiendo que jamás lo harían más.

- Nosotras, dijo la E, sollozando, tenemos la culpa de lo mal que lo has pasado.

- No, dijo el libro. Aquí nadie tiene la culpa. Todos nos necesitamos. Siempre hemos sido buenos amigos y lo seguiremos siéndolo. Corramos antes de que amanezca.

Pegadas al libro, salieron todos juntos hasta el colegio. Entraron en clase por una ranura de la puerta y de nuevo se colocaron en la estantería, mientras esperaban la hora de la biblioteca.

Con alegría vieron cómo todos se iban acercando, y sin poder explicárselo volvían a ver las vocales en el libro de "SERGIO QUIERE IR AL COLEGIO".

- Ya te dije, comentó Patricia al oído de Cristina, que el Mago de las Letras había robado las vocales, pero que un día las devolvería a su sitio.

- Me da lo mismo que sea el Mago de las Letras o la Goma Mágica, dijo Cristina. El caso es que tenemos de nuevo, en la biblioteca, a nuestro amigo el libro de "SERGIO QUIERE IR AL COLEGIO" al que tanto hemos querido y tanto queremos.

¡Y colorín colorado, este cuento ha terminado!